

LA CHINA EN EL INTERCAMBIO AMOROSO DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX MEXICANO

María del Carmen Vázquez Mantecón

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

INTRODUCCIÓN

Los patrones de comportamiento impuestos por los criollos que gobernaron al México independiente desde el confesionario, la ley o el poder, tuvieron que adaptarse a una realidad social más compleja representada por su variado mestizaje étnico y cultural, producto de los amorfos de hombres y mujeres de tres ramas: indígena, española y africana que poblaron su territorio a lo largo del tiempo. Sin embargo, ya desde la época colonial y durante las primeras cinco décadas del siglo XIX, la mayoría de los mexicanos no seguía al pie de la letra los valores impuestos por su élite gobernante.

En este contexto surgen las chinas, mujeres mestizas que protagonizaron una manera sui-generis de intercambio amoroso, que equilibró junto con el matrimonio y la prostitución la demanda sexual del género masculino. Su esplendor se dio entre 1840 y 1855 y su característica más importante fue que desafiaron a las convenciones sobre el ideal comportamiento de las féminas. Aunque físicamente desaparecieron al instaurarse la República de los liberales a partir de 1857, su imagen continuó viva desde entonces hasta nuestros días, en el estereotipo de la china poblana, símbolo de identidad que representa según el discurso oficial, el donaire y la dignidad de las mujeres mexicanas.

EL AMOR DE LAS CHINAS

El viajero francés De Fossey hacia 1857, coincidió con la opinión de Isidoro Lowenstern quien una década antes, percibió también que en México había menos mujeres públicas que en las calles de París o en cualquier gran ciudad de Europa. Según el primero, esto era así, por la "facilidad con la que se [obtenían] los favores de las mujeres y de las muchachas del pueblo". Agregó que ese tipo no se veía en ciudades y villas pequeñas de Francia y en general del viejo continente, en los que "un hombre que no

tuviera a su disposición una prostituta, pasaría largos años antes de poder satisfacer su pasión".¹

Este autor aludió en su comentario a las mestizas que se conocían con el nombre de chinas. Joaquín García Icazbalceta contó que eran mujeres que no servían a nadie y que vivían con comodidad, porque se mantenían con su trabajo o gracias a un esposo o un amante. También recordó que las distinguía una forma característica de vestir, pero sobre todo un aire provocativo, airoso y desenfadado.² El primero que en su tiempo describió el comportamiento sexual de la china, fue el mismo Manuel Payno en 1843.³ Con su relato, inauguró un estereotipo de china que tiene mucho qué ver con su leyenda poética y con el costumbrismo de las élites, que perpetuaba a los tipos populares como salvaguarda ante los nuevos embates de la vida citadina. Sin embargo, al decir del bibliófilo Joaquín García Icazbalceta, esa opinión en general, estaba muy cerca de algunas chinas que él llegó a conocer en sus mocedades.

Payno definió a la china como la mujer de ojos ardientes y expresivos, cutis aceitunado, cabello negro y fino, pies pequeños, cintura flexible, formas redondas, esbeltas y torneadas, sin educación esmerada, muy limpia, que sabía leer, coser y cocinar al estilo del país, que zapateaba en los fandangos y podía repetir de memoria el Catecismo del Padre Ripalda. Pensaba que era mujer celosa, aventurera, desinteresada y noble, y que toda su existencia era "de un amor que no variaba ni con el infortunio ni la prosperidad". Con respecto al honor y a la fidelidad, la china, escribió nuestro autor, no tenía ideas estrictas: era capaz de obtener la libertad de un esposo preso a cambio de sus favores. Por una china, se podía dejar de lado a una gran multitud de mujeres sin poesía y llenas de defectos físicos y morales a la que según él, los "calaveras" llamaban "arañas".⁴ Al decir de Payno, desde los quince años, al darse cuenta del valor de sus atractivos, las chinas empezaban a usar el que llamó "traje nacional" y que le parecía "tan elegante, tan peculiar de México, tan lleno de gracia y de sal". Hablar de su ropa

1 Mathieu de Fossey *Le Mexique*, París, Henri Plon Editeur, 1857, p. 550.

2 Joaquín García Icazbalceta, *Vocabulario de Mexicanismos*, México, Tipografía y Litografía La Europea, 1899, ver China.

3 Manuel Payno, "Viaje a Veracruz", *El Museo Mexicano*, T. III, 1844, p. 233-235.

4 Las "arañas" eran las matronas que contrataban calaveras según Payno, mientras García Cubas da cuenta de que así se nombraba a las meretrices.

era nombrar al "cuerpo seductor", vestido primero por una enagua interior con encajes bordados de lana en las orillas que se llamaban "puntas enchiladas". Sobre esa enagua iba otra de castor (así se llamaba a una lana suave como el pelo del castor) o de seda, recamada de listones o lentejuelas. En la parte de arriba una camisa fina bordada de seda o chaquiras, que dejaba ver parte de su cuello no siempre cubierto por su rebozo de seda manejado, según él, "con mucho donaire". Aunque no tuviera muchos recursos, concluyó, no dejaba de llevar el zapato de seda y las enaguas bordadas.

La china también cautivó a los extranjeros, y llaman la atención sus descripciones porque entre otras cosas, no estaban empeñados en convertirla en un modelo nacional. Para el francés Lucien Biart que estudió medicina en Puebla hacia los años cincuenta del siglo XIX, las chinas, a las que nombró "hijas ardientes del trópico", eran vivaces, alegres, cariñosas, y muy limpias, cuya belleza seductora se realizaba con su traje. Según él, sus blusas con bordados mexicanos empezaban a ser imitados en Europa. Las señaló como mujeres jóvenes, robustas y bellas, de tez apiñonada y formas esbeltas y redondas. Dijo que su modo de caminar era como de "ondulaciones felinas", audaz, y subrayó su mirada provocadora y húmeda, y su chal de seda que cubría y descubría sus pechos "con ritmo voluptuoso". Pintó quizá lo más distintivo de la china al recordar que no era una mujer fácil, y que necesitaba amar a un hombre para entregarse a él.⁵ Fue el único que en su tiempo se refirió al origen del nombre de las chinas y recogió la idea vigente de que se llamaban así por su cabellera rizada, que en México más comúnmente se llamaba pelo chino y que aludía a su mestizaje no sólo indígena y español sino también africano, asunto que se reflejó sin duda en el gusto de las chinas que no sólo amaron a los mexicanos. El angloamericano George Ruxton en 1846, era de la opinión de que las mexicanas preferían a los "güeros", (palabra con la que se designa en México a los rubios) así como las sajonas de su país favorecían a los morenos, aunque resaltó que muchas mexicanas compartían sus gustos con los negros genuinos, según él, "muy admirados por ellas".⁶

LA IMAGEN DE LAS CHINAS

Desde 1854 el francés Ernest de Vignaux notó que cada vez eran más las féminas que usaban el vestido de seda y el zapato de raso al estilo europeo.⁷ Un cronista poblano hacia 1873 sugirió que la desaparición de las chinas y de su traje, se debió a la instalación de las grandes fábricas textiles, que desmantelaron a las antiguas empresas familiares de tejedores, que surtían los castores, las bandas, los listones, los rebozos, las camisas de algodón

y las chinelas de raso." Según García Icazbalceta hacia 1899, lo que había desaparecido era "el traje y los modales que lo distinguían". Pocas crónicas dieron cuenta sin embargo, del paradero de sus portadoras.

Lo cierto es que el recuerdo de las chinas, esto es, su memoria histórica a partir de su ausencia, las fundió con el relato de las meretrices. Guillermo Prieto hacia 1870, rememoró que las chinas alborotaban las conciencias en los días santos de la Semana Mayor y en relación con la enagua, dijo que "las más características eran las de castor rojo con picos verdes y salpicadas de brillantes lentejuelas de plata".⁸ El mencionar por primera vez a los "picos verdes" o forma de zigzag con el que se adornaban las faldas, se mezcló en la imaginación de muchos mexicanos con el dicho "andar de picos pardos", heredado de Francia a través de la lengua española.⁹

Aunque en un principio significaba "bribonear", "perder el tiempo", para la segunda mitad del siglo XIX se asociaba también con los goces del sexo ilegítimo.

El Refranero Popular Mexicano, valga la redundancia, mexicanizó también la expresión y la sintetizó con el uso del traje de picos o puntas enchiladas. Para los lectores de sus páginas, "andar de picos pardos" era ir de parranda con mujeres casquivanas, y aprendieron ahora que el dicho provenía de la orden de un presidente municipal de la ciudad de Puebla que obligó a todas las mujeres de la vida galante a llevar en la parte inferior de la falda "unos picos de color pardusco".¹¹ Estas versiones se repiten constantemente en los que reproducen todavía la historia de las chinas o la de su traje. Picos verdes y puntas enchiladas, se mezclaron con los andares y vestidos de picos pardos, y la china ya no pudo dissociarse del mundo de la prostitución.

EPÍLOGO

Gracias a las chinas, la sexualidad durante la primera mitad del siglo XIX fue más allá del binomio matrimonio-prostitución. Ellas se convirtieron en una especie de heroínas populares del nacionalismo criollo y se hizo su apología aunque la doble moral censurara su comportamiento. El costumbrismo retrataba a grupos sociales que de verdad existían, pero inauguraba al mismo tiempo con su recreación literaria, la construcción de modelos ideales que de alguna manera, sirvieron para fortalecer desde entonces al imaginario nacionalista y unificador.

La memoria de las chinas siguió presente en las crónicas liberales de la segunda mitad del siglo XIX época en la que se han resaltado los avatares del burdel, las historias de amor y de infortunio de las mujeres públicas, así como la posibilidad de la redención de su pecado. Las chinas desaparecieron de la sociedad mexicana al mismo

5 Lucien. Biart, *La tierra templada, escenas de la vida mexicana 1846-1855*, México, Jus, 1959, p. 250-1.

6 Georges Ruxton, *Aventuras en México*, México, de. El Caballito 1974, 245 pp. Vino a México en 1846. La primera edición de su libro es en 1847 en inglés. Era miembro de la Royal Geographical Society y de la Ethnological Society, p. 63.

7 Ernest de Vignaux, *Viaje a México*, México, SEP, 1980.

8 Anónimo, *El ferrocarril mexicano, estudios de Economía Política al alcance de todos*, Imprenta del Hospicio de Puebla, 1873, p. 42-43.

9 Guillermo Prieto, "Semana Santa de antaño", reproducido en *La Colonia Española* el 14 de abril de 1879.

10 Esteban de Terreros y Pando, *Diccionario castellano con las voces de ciencias y artes*, Madrid, 1786, en la Imprenta de la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía. Dice que viene del francés: "Chercher des becs dans l'obscurité".

11 Miguel Velasco Valdés, *Refranero Popular Mexicano*, México, Costa Amic, 1998, p. 131.

tiempo que la prostitución se institucionalizaba con reglamentos, políticas sanitarias y permisiones, y el romanticismo tardío convertía ahora a la prostituta en la heroína de sus relatos. Con la china se produjo un proceso curioso: la "impúdica" también tendría una imagen salvadora. Al tiempo que se asoció su comportamiento con el de las meretrices, se ensalzó su vestido como el traje nacional por excelencia, y a su portadora en un dechado de los valores de la mujer mexicana. García Icazbalceta dio cuenta en 1899, que ya estaba perpetuada en estampas y en figuras de cera o de barro. Además, desde la segunda mitad de decimonono, aparece en la escena artística como china poblana, representante del baile nacional por excelencia: el jarabe,¹² aunque con notables adiciones a la

falda, en la que ahora suele ondear el águila nacional bordada con lentejuelas, entre picos verdes y puntas enchiladas. La china se convirtió en un símbolo de mexicanidad, al encarnar primero a la idealizada mujer del chinaco liberal, y por último a la del charro, con el que baila un eterno jarabe tapatío, y que representa al estereotipo del mexicano pos-revolucionario viril y cumplidor.¹³ Las chinas de carne y hueso están en la base del paradigma, al haber encarnado a un tipo de mexicana mestiza que llenaron el ambiente de sensualidad y que se distinguieron sobre todo por su abandono a los dictados del bienquerer y a la celebración de las diferencias de género, más allá de las apariencias del matrimonio y del discurso en favor de la bondad o la maldad del género mujeril.

12 García Icazbalceta, op cit.

13 No sólo la china está asociada al charro. También aparece en la na como su compañera la mexicana "adelita".